

## CAPITULO I

### TEORIA CORRIENTE DEL PROGRESO HUMANO— SU INSUFICIENCIA

1 Si las conclusiones a que hemos llegado son exactas, tendrán  
cabida dentro de una más amplia generalización.

2 Recomendemos, por consiguiente, nuestra indagación desde  
un punto de vista más alto, desde el cual podamos descubrir un  
más amplio horizonte.

3 *¿Cuál es la ley del progreso humano?*

4 Problema es éste que, si no fuera por lo que precede, vacilaría  
en examinar en el breve espacio que puedo consagrarle ahora;  
porque entraña, directa o indirectamente, algunos de los más  
altos problemas con que el entendimiento humano puede enfren-  
tarse. Pero es una pregunta que surge naturalmente. Las con-  
clusiones a que hemos llegado ¿son o no compatibles con la gran  
ley que rige la evolución humana?

5 *¿Cuál es esa ley?* Tenemos que encontrar la respuesta a nues-  
tra pregunta; porque la filosofía corriente, aunque admite clara-  
mente la existencia de tal ley, la explica de un modo tan poco  
satisfactorio, como la Economía política corriente explica la per-  
sistencia de la necesidad en medio del aumento de la riqueza.

6 Mantengámonos, en cuanto sea posible, sobre el terreno firme  
de los hechos. Si el hombre ha evolucionado o no, gradualmente,  
desde un animal, no es necesario averiguarlo. Por muy íntima  
que sea la conexión entre los problemas relativos al hombre tal

como lo conocemos y los problemas referentes a su génesis, solamente los primeros pueden arrojar luz sobre los segundos. La deducción no puede proceder de lo desconocido a lo conocido. Sólo desde los hechos que conocemos podemos inferir lo que ha precedido al conocimiento.

7 Cualquiera que sea el origen del hombre, todo cuanto conocemos de él es como hombre —exactamente como ahora lo encontramos—. No hay memoria ni huella de él en condición inferior a aquella en que los salvajes se encuentran aún. Cualquiera que sea el puente por donde haya cruzado el ancho abismo que ahora lo separa de los brutos, no quedan vestigios de aquél. Entre los salvajes inferiores que conocemos y los más elevados animales hay una diferencia inconciliable —diferencia no solamente de grado, sino de clase—. Muchas de las características, acciones y emociones del hombre se manifiestan en los animales inferiores; pero jamás se ha encontrado un hombre, por bajo que esté en la escala de la humanidad, desprovisto de una cosa de la cual los animales no ofrecen la más leve huella, un algo claramente perceptible pero casi indefinible, que le da la facultad de mejorar, que le hace el animal progresivo.

8 El castor construye una presa, el pájaro un nido, la abeja una celdilla; pero mientras la presa del castor, el nido del pájaro y la celdilla de la abeja se construyen siempre sobre el mismo modelo, la casa del hombre pasa desde la primitiva choza a la suntuosa mansión con todas las comodidades modernas. El perro puede, en cierta medida, relacionar la causa con el efecto, y aprender algunas mañas; pero su capacidad para estas cosas no ha aumentado nada durante todas las edades en que ha sido compañero del hombre que progresa, y el perro de la civilización no es un ápice más perfecto o más inteligente que el perro del salvaje errante. No sabemos de ningún animal que use vestidos, que guise su alimento, que se fabrique sus herramientas o armas, que críe otros animales para comérselos, o que posea un lenguaje articulado. Pero hombres que no hagan tales cosas, no se han

encontrado jamás, ni se tiene noticia de ellos, fuera de la fábula. Es decir, el hombre, dondequiera que lo encontremos, manifiesta esta facultad: la de completar lo que la Naturaleza ha hecho por él, con lo que él hace para sí mismo; y, de hecho, tan inferiores son sus dotes físicas, que no hay parte del mundo, salvo tal vez algunas pequeñas islas del Pacífico, donde sin esa facultad pudiera conservar su existencia.

El hombre, en todas partes y en todo tiempo, manifiesta esa facultad: en todas partes y en todos los tiempos de que sabemos algo, ha hecho algún uso de ella. Pero el grado en que la ha utilizado varía extraordinariamente. Entre la tosca piragua y el buque de vapor; entre el *boomerang* (1) primitivo y el rifle de repetición; entre el ídolo de madera burdamente esculpido y el animado mármol del arte griego; entre el saber del salvaje y la ciencia moderna; entre el indio bravo y el colono blanco; entre la mujer hotentote y la hermosa de la sociedad refinada, hay una enorme diferencia.

Los diversos grados en que se utiliza esta facultad no pueden atribuirse a diferencias en la capacidad originaria; los pueblos hoy más adelantados eran salvajes dentro de los tiempos históricos, y encontramos las mayores diferencias entre pueblos de la misma raza. Tampoco se pueden atribuir por completo a diferencias en el medio físico; la cuna de las ciencias y de las artes se halla ahora, en muchos casos, en poder de bárbaros, y en pocos años se levantan grandes ciudades sobre las tierras de caza de tribus salvajes. Todas estas diferencias están evidentemente relacionadas con el desarrollo social. Por cima, quizá, de los más elementales rudimentos, el hombre sólo puede mejorar conviviendo con sus semejantes. Por consiguiente, todos estos progresos en las facultades y condición del hombre los sintetizamos en la palabra "civilización". Los hombres progresan a medida que se civilizan, o aprenden a colaborar en sociedad.

---

(1) Arma arrojada que retorna hacia quien la lanza. (*N. del T.*)

11     ¿Cuál es la ley de este progreso? ¿Por qué principio común podemos explicar los distintos grados de civilización que han alcanzado los diferentes pueblos? ¿En qué consiste esencialmente el progreso de la civilización, de modo que podamos decir de cada una de las diversas organizaciones sociales que ésta lo favorece y aquélla no; o explicar por qué una institución o condición que en una época puede adelantarle, en otra puede retardarlo?

12     La creencia dominante ahora es que el progreso de la civilización es un desarrollo o evolución, durante el cual las facultades del hombre aumentan y sus cualidades mejoran por obra de causas semejantes a las que sirven de base para explicar la generación de las especies; a saber: la supervivencia del más apto y la transmisión hereditaria de las cualidades adquiridas.

13     Que la civilización es una evolución; que es, en el lenguaje de Herbert Spencer, un progreso desde una homogeneidad indefinida e incoherente hacia una definida y coherente heterogeneidad, es indudable; pero decir esto no es explicar ni precisar las causas que la aceleran o retardan. Hasta qué punto las vastas generalizaciones de Spencer, que tratan de explicar todos los fenómenos con los términos materia y fuerza, pueden, debidamente interpretados, abarcar todas las causas, soy incapaz de decirlo; pero, como exposición científica, la filosofía de la evolución o no ha tratado todavía esta cuestión concretamente, o ha dado nacimiento o, mejor dicho, coherencia, a una opinión que no concuerda con los hechos.

14     La explicación vulgar del progreso es, creo yo, muy parecida a la opinión que naturalmente se forma el hombre de negocios acerca de las causas de la desigual distribución de la riqueza. Su teoría, si tiene alguna, comúnmente es que hay mucho dinero para ganarlo quienes tengan energía y habilidad, y que la ignorancia, la pereza o el derroche es lo que origina la diferencia entre el rico y el pobre. Y de igual modo, las diferencias en civilización se explican comúnmente por las diferencias de capa-

ciudad. Las razas civilizadas son las razas superiores, y el avance en civilización concuerda con esta superioridad; exactamente como las victorias de los ingleses eran debidas, en la común opinión inglesa, a la natural superioridad de los ingleses sobre los franceses come-ranas; y el gobierno popular, la invención activa y el mayor nivel de bienestar son debidos, o lo fueron hasta hace poco, en la opinión común americana, a la mayor "agudeza de ingenio de la nación yanqui".

<sup>15</sup> Ahora bien, así como las doctrinas político-económicas examinadas y refutadas al principio de nuestra investigación concuerdan con la opinión común de los hombres que ven a los capitalistas pagando salarios y a la competencia disminuyéndolos; así como la teoría de Malthus armoniza con los prejuicios tanto de los ricos como de los pobres, así también la explicación del progreso como una mejora gradual de la raza, armoniza con la opinión vulgar que atribuye las diferencias en civilización a las diferencias de raza. Esta explicación del progreso ha dado coherencia y una fórmula científica a opiniones que ya prevalecían. Su pasmosa divulgación, desde que Darwin impresionó por primera vez al mundo con su *Origen de las Especies*, no ha sido tanto una conquista como una asimilación.

<sup>16</sup> La opinión predominante hoy en el mundo pensador es ésta: Que la lucha por la existencia, a medida que se intensifica, impele a los hombres a nuevos esfuerzos e inventos. Que esta mejora y aptitud de mejorar se fija por transmisión hereditaria, y se extiende por la propensión de los individuos mejor adaptados, o más adelantados, a sobrevivir y propagarse entre los individuos, y de las tribus, naciones o razas mejor adaptadas, o más progresivas, a sobrevivir en la lucha entre colectividades sociales. Con esta teoría, las diferencias entre el hombre y los animales, y las diferencias en el progreso relativo de los hombres, se explican de un modo tan confiado, y casi tan general, como hace poco eran explicadas por la teoría de la creación especial y la intervención divina.

17

El resultado práctico de esta teoría es una especie de fatalismo esperanzado, del cual la literatura corriente está llena (1) Según esta opinión, el progreso es el resultado de fuerzas que trabajan despacio, constantemente, y sin remordimientos, para elevar al hombre. La guerra, la esclavitud, la tiranía, la superstición, el hambre, la peste, la necesidad y la miseria que supuran en la civilización moderna, son las causas impelentes que hacen adelantar al hombre, eliminando los tipos inferiores y extendiendo los superiores; y la transmisión hereditaria es el poder que fija los avances, y los adelantos pasados abren paso a nuevos adelantos. El individuo es el resultado de cambios así impresos sobre una larga serie de individuos anteriores, y perpetuados a través de ella, y la organización social toma su forma de los individuos que la componen. De modo que, mientras esta teoría es, como Herbert Spencer dice (2), "radical en un grado superior a todo lo que el radicalismo corriente concibe", en cuanto espera cambios en la naturaleza misma del hombre, es, al mismo tiempo, "conservadora hasta un grado superior a todo lo que ha concebido el sentimiento conservador corriente", pues sostiene que no puede ser útil cambio alguno fuera de estos cambios lentos en la naturaleza de los hombres. Los filósofos pueden enseñar que esto no disminuye el deber de procurar la reforma de los abusos, así

---

(1) En forma semicientífica o popular, esto acaso pueda verse expresado mejor, por su franqueza, en *The Martyrdom of Man*, de WINWOOD READE, un escritor de brillantez y fuerza singulares. Este libro es en realidad una historia del progreso, o, mejor, una monografía sobre sus causas y procedimientos, y su lectura será bien recompensada por sus vívidos cuadros, cualquiera que sea la opinión que merezca la capacidad del autor para las generalizaciones filosóficas. La relación entre el asunto y el título se puede ver por la conclusión: «He dado a la Historia universal un título extraño, pero verdadero: *El Martirio del Hombre.*» En cada generación, la raza humana ha sido torturada para que sus hijos pudieran aprovecharse de sus dolores. Nuestra propia prosperidad está fundada sobre los sufrimientos del pasado. ¿Es, pues, injusto que también nosotros suframos en beneficio de aquellos que han de venir?

(2) *The Study of Sociology*. Conclusión.

como los teólogos que predicán la predestinación insisten en el deber de luchar por la salvación; pero, según se entiende generalmente, su resultado es el fatalismo: "Hagamos lo que hagamos, los molinos de los dioses muelen sin mirar a nuestra ayuda ni a nuestra resistencia." Aludo a esto, sólo para explicar lo que creo es la opinión que ahora se extiende rápidamente e impregna el pensar común; no porque en la investigación de la verdad se deba permitir que el raciocinio sea desviado por ninguna consideración de sus efectos. Pero creo es ésta la opinión corriente acerca de la civilización: que es el resultado de fuerzas que, obrando de la manera indicada, lentamente cambian el carácter y mejoran y elevan las facultades del hombre; que la diferencia entre el hombre civilizado y el salvaje proviene de una larga educación racial, que se ha fijado permanentemente en la estructura mental, y que este progreso tiende a crecer siempre hacia una civilización cada vez más alta. Hemos alcanzado un punto en que el progreso parece ser natural entre nosotros, y miramos hacia adelante confiados en las mayores conquistas de las generaciones venideras, tanto, que algunos sostienen que el progreso de la ciencia dará finalmente la inmortalidad al hombre y le permitirá visitar personalmente no sólo los planetas, sino las estrellas fijas, y al fin fabricar soles y sistemas por sí mismo (1).

18 Pero sin encumbrarse hasta las estrellas, en cuanto esta teoría del progreso, que nos parece tan natural en medio de una civilización progresiva, mira al mundo circundante, tropieza con un hecho enorme: las civilizaciones estacionarias, petrificadas. En la actualidad, la mayoría del género humano no tiene idea del progreso; hoy todavía, la mayor parte del género humano considera el pasado (como lo consideraban hasta hace pocas generaciones nuestros propios antecesores) como la época de la perfección humana. La diferencia entre el hombre salvaje y el

---

(1) WINWOOD READE, *The Martyrdom of Man*.

civilizado puede explicarse por la teoría que considera al primero tan imperfectamente desarrollado, que su progreso es apenas perceptible; pero con la teoría de que el progreso humano es resultado de causas generales y continuas, ¿cómo nos explicamos las civilizaciones que progresaron tanto y después se pararon? No se puede decir del hindú y del chino, como se puede decir del salvaje, que nuestra superioridad es el resultado de una educación más prolongada; que nosotros somos, por decirlo así, el hombre natural adulto, en tanto que ellos son los niños. Los indios y los chinos ya estaban civilizados cuando nosotros éramos salvajes. Tenían grandes urbes, Estados muy organizados y poderosos, literatura, filosofía, modales pulidos, notable división del trabajo, vasto comercio y artes esmeradas, cuando nuestros antecesores eran bárbaros errantes y vivían en chozas y tiendas de pieles, ni un punto más adelantados que los indios americanos. Mientras nosotros hemos progresado desde tal estado salvaje a la civilización del siglo XIX, ellos han quedado estacionados. Si el progreso es el resultado de leyes fijas, inevitables y eternas, que impelen al hombre hacia adelante, ¿cómo nos explicaremos esto?

19

Uno de los mejores expositores populares de la filosofía de la evolución, Walter Bagehot (*Physics and Politics*), admite la fuerza de esta objeción, y trata de explicarla así: lo primero que se necesita para civilizar al hombre es hacerlo dócil, inducirle a vivir subordinado a la ley, en sociedad con sus semejantes; y de este modo se forma un cuerpo o "cake" (1) de leyes y costumbres, que se intensifican y extienden por selección natural, dando a la tribu o nación, así unida, una ventaja sobre las que no lo están. Este amasijo de costumbres y leyes se hace finalmente demasiado compacto y duro para permitir un ulterior progreso, el cual sólo puede proseguir cuando sobrevienen cir-

---

(1) Amasijo, empanada, pastel, hojaldre. Entre comillas en el original. (N. del T.)

cunstancias que introducen la discusión y de este modo dan la libertad y movilidad necesarias para el perfeccionamiento.

20 Esta explicación que Mr. Bagehot presenta con cierta desconfianza, según dice, se da, creo yo, a expensas de la teoría general; pero no vale la pena hablar de ello, porque, evidentemente, no explica los hechos.

21 La tendencia al letargo, de que habla Mr. Bagehot, se manifestaría en los primeros períodos del desarrollo, y casi todos sus ejemplos él los toma de la vida salvaje o semisalvaje. Por el contrario, estas civilizaciones detenidas habían avanzado mucho antes de pararse. Debíó mediar algún tiempo durante el cual estuvieron muy adelantadas respecto al estado salvaje y permanecieron, sin embargo, dúctiles, libres y progresivas. Estas civilizaciones detenidas se pararon en un punto que apenas era inferior en nada, y bajo muchos aspectos era superior, a la civilización europea del siglo xvi o del xv al menos. Hasta ese punto, pues, debíó de haber discusión, buena acogida a lo nuevo y actividad intelectual de todas clases. Tenían arquitectos que hicieron avanzar el arte de edificar, necesariamente por una serie de innovaciones y mejoras, hasta un punto muy elevado; constructores de buques que, de igual modo, innovación tras innovación, produjeron al fin tan buenos barcos como las naves de guerra de Enrique VIII; inventores que sólo se detuvieron al borde de nuestros adelantos más importantes, y de algunos de los cuales podemos todavía aprender; ingenieros que construyeron grandes obras de irrigación y canales navegables; escuelas rivales en filosofía, e ideas religiosas en pugna. Una gran religión, en muchos aspectos parecida al cristianismo, nacida en la India, reemplazó a la religión antigua, pasó a China, se difundió en este país y fue desplazada de su antiguo asiento, como el cristianismo fue desplazado de su cuna. Allí había vida, y vida activa y la innovación que engendra la mejora, mucho después de que los hombres hubieran aprendido a vivir juntos. Y además, tanto la India como la China habían recibido de razas con-

quistadoras, con diferentes costumbres y maneras de pensar, la infusión de nueva vida.

22 La más fija y petrificada de todas las civilizaciones de que tenemos alguna noticia es la de Egipto, donde hasta el arte acabó por adquirir una forma convencional y rígida. Pero sabemos que antes de esto hubo de existir un período de vida y vigor, una civilización juvenilmente desarrollada y expansiva como ahora es la nuestra; de lo contrario, las artes y las ciencias no hubieran podido elevarse a tal altura. Y recientes excavaciones han revelado tras lo que antes sabíamos de Egipto, un Egipto anterior aún —en estatuas y esculturas que, en vez de un tipo duro y formalista, irradian vida y expresión, que muestran al arte luchando, ardiente, natural y libre, segura indicación de una vida activa y expansiva—. Esto ha debido de ocurrir en otro tiempo con todas las civilizaciones que ahora no progresan.

23 Pero no son únicamente estas civilizaciones paralizadas las que la teoría corriente de la evolución no alcanza a explicar. No es sólo que los hombres habían ido tan lejos por el camino del progreso y se pararon; es que los hombres habían ido lejos por el camino del progreso y retrocedieron. No es meramente un caso aislado el que contradice así la teoría; *es la regla universal*. Todas las civilizaciones que el mundo ha visto han tenido su período de crecimiento vigoroso, de parada y de estancamiento; su decadencia y caída. De todas las civilizaciones que han nacido y florecido, no quedan hoy sino las que se han detenido, y la nuestra, que no es todavía tan antigua como lo eran las pirámides cuando Abraham las contempló —y detrás de las pirámides había veinte siglos de historia conocida.

24 Que nuestra civilización tiene más amplia base, es de un tipo más avanzado, se mueve más de prisa y se encumbra más que ninguna civilización anterior, es indudablemente cierto; pero en tales aspectos, apenas está más adelantada sobre la civilización greco-romana que ésta lo estaba sobre la asiática, y si lo estuviera, nada nos probaría en cuanto a su permanencia y futuro

avance, si no se demuestra que es superior en aquello que causó la final caída de sus predecesoras. La teoría corriente no supone esto.

25

En verdad, nada más lejos de explicar los hechos de la Historia universal, que esta teoría de que la civilización es el resultado de un proceso de selección natural que obra mejorando y elevando las facultades del hombre. Que la civilización haya nacido en diferentes tiempos y lugares y haya alcanzado distintas alturas, no es incompatible con esta teoría, porque esto puede proceder de la desigual energía de las fuerzas impulsoras y obstructoras; pero que el progreso empezado en todas partes (porque se afirma que hasta las tribus inferiores han tenido cierto progreso), en ninguna haya sido continuo, sino que siempre haya desembocado en una suspensión o un retroceso, es absolutamente incompatible. Porque si el progreso obrase fijando una mejora en la naturaleza del hombre y produciendo así un ulterior progreso, aunque hubiese alguna interrupción pasajera, la regla general sería que el progreso fuese continuo: el adelanto conduciría al adelanto, la civilización evolucionaría hacia una civilización superior.

26

No solamente la regla general, sino la *regla universal*, es lo contrario de esto. La tierra es la tumba de imperios muertos, tanto como de hombres muertos. En vez de dar el progreso aptitud para alcanzar un progreso mayor, toda civilización que en su tiempo fue tan vigorosa y progresiva como la nuestra lo es ahora, llegó por sí misma a detenerse. Repetidamente, una y otra vez, el arte ha declinado, la cultura ha disminuido, el vigor se ha disipado, se ha enrarecido la población, y el pueblo que había edificado grandes templos y ciudades poderosas, desviado ríos y perforado montañas, cultivado la tierra como un jardín e introducido el mayor refinamiento en las minucias de la vida, ha quedado reducido a la condición de bárbaros mugrientos que habían perdido hasta el recuerdo de lo que hicieron sus antepasados, y consideraban los fragmentos supervivientes de su grandeza

como obra de los genios o de la potente raza anterior al diluvio. Tan cierto es esto, que, cuando recordamos el pasado, parece la ley inexorable de la cual no podemos eximirnos más que el joven que "siente su vida en todos sus miembros", puede esperar eximirse de la muerte, que es el destino común a todos. "También éste, ¡oh Romal, ha de ser un día de tu destino", lloró Escipión sobre las ruinas de Cartago; y la descripción que Macaulay hace del neozelandés meditando encima del arco roto del Puente de Londres, acude a la imaginación hasta de quienes ven levantarse ciudades en el desierto y contribuyen a poner los cimientos de un nuevo imperio. Y por esto, cuando erigimos un edificio público, hacemos un hueco en la mayor piedra sillar y dentro de él colocamos y sellamos cuidadosamente algunos recuerdos de nuestros días, mirando hacia el tiempo en que nuestras obras serán ruinas y nosotros mismos estaremos olvidados.

27 Ni que esta elevación y decadencia alternativas de la civilización, este retroceso que sigue siempre al avance, fuese o no el movimiento rítmico de una línea ascendente (y creo, aunque no quiero plantear el problema, que probar la afirmativa sería mucho más difícil de lo que generalmente se supone), implicaría diferencia alguna, porque en ambos casos la teoría corriente queda refutada. Las civilizaciones murieron sin dejar señal de vida, y el progreso penosamente alcanzado, la raza lo perdió para siempre; pero, aun admitiendo que cada ola de progreso hace posible una ola más alta, y que cada civilización pasa la antorcha a una civilización mayor, la teoría de que la civilización avanza por cambios operados en la naturaleza del hombre deja de explicar los hechos, pues la raza que empieza la nueva civilización nunca es la raza educada y hereditariamente modificada por la civilización antigua, sino una raza reciente venida de un plano inferior. Los bárbaros de una época son los hombres civilizados de la siguiente, para ser a su vez reemplazados por nuevos bárbaros. Porque hasta ahora ha sucedido siempre que los hombres, influidos por la civilización, si bien progresan al

principio, degeneran después. El hombre civilizado de hoy es notablemente superior al no civilizado; pero en todas las civilizaciones fenecidas, durante el tiempo de su vigor, lo fue también el hombre civilizado. Pero hay cosas tales como los vicios, la corrupción, las enervaciones de la civilización, que, pasado cierto punto, se han manifestado siempre hasta ahora. Todas las civilizaciones que han sido subyugadas por bárbaros han perecido realmente por decadencia interna.

28 Este hecho universal, desde el momento en que se percibe, destruye la teoría de que el progreso se realice por transmisión hereditaria. Examinada la historia del mundo, la línea de mayor progreso no coincide en ningún período de tiempo con ninguna línea hereditaria. En cada particular línea hereditaria, el retroceso parece seguir siempre al adelanto.

29 ¿Diremos, pues, que hay una vida nacional o racial, como hay una vida individual —que todo conjunto social tiene, por decirlo así, cierta cantidad de energía cuyo consumo conduce a la decadencia—? Esta es una idea antigua y muy generalizada, todavía muy defendida, y que de continuo se puede ver aflorar incongruentemente en los escritos de los expositores de la filosofía de la evolución. En verdad no veo por qué no la exponen en términos semejantes a las de la materia y el movimiento, para así incluirla claramente en las generalizaciones de la evolución. Pues considerando sus individuos como átomos, el desarrollo de la sociedad es “una integración de materia acompañada de una disipación de movimiento, durante la cual la materia pasa de una indefinida e incoherente homogeneidad a una definida y coherente heterogeneidad, y durante la cual el movimiento reprimido experimenta una transformación paralela” (1). De este modo se puede hallar analogía entre la vida de una sociedad y la vida de un sistema solar, en la hipótesis de las nebulosas. Así

---

(1) Definición de la evolución, de HERBERT SPENCER. *First Principles*, pág. 396.

como el calor y la luz del Sol son producidos por la suma de átomos que engendran movimiento, el cual cesa cuando al fin los átomos llegan a un estado de equilibrio o reposo, y se sigue un estado de inmovilidad, el cual sólo puede interrumpirse nuevamente por el impacto de fuerzas externas que invierten el proceso de la evolución, integrando movimientos y disipando materia en forma de gas cuya condensación produce otra vez movimiento, así se puede decir también que la suma de individuos en una sociedad desarrolla una fuerza que produce la luz y el calor de la civilización; pero cuando este proceso cesa y los componentes individuales llegan a un estado de equilibrio ocupando lugares fijos, sigue la petrificación y es necesaria la ruptura y dispersión causada por una invasión de bárbaros para que recomience el proceso y nazca una nueva civilización.

<sup>30</sup> Pero el sistema de razonar por analogías es el más peligroso. Puede relacionar semejanzas y, sin embargo, disfrazar u ocultar la verdad. Todas esas analogías son superficiales. Mientras sus miembros se reproduzcan constantemente con todo el nuevo vigor de la infancia, un pueblo no puede envejecer, como envejece un hombre, por la decadencia de sus facultades. Mientras su fuerza conjunta tenga que ser la suma de las fuerzas de sus componentes individuales, una sociedad no puede perder el poder vital a menos que los poderes vitales de sus componentes hayan disminuido.

<sup>31</sup> Sin embargo, tanto en la analogía común que asemeja el poder vital de una nación al de un individuo, como en la que he supuesto, deja de reconocerse una verdad notoria —la verdad de que los obstáculos que finalmente detienen el progreso, surgen por el curso del progreso; que lo que ha destruido todas las civilizaciones anteriores, han sido las condiciones producidas por el crecimiento mismo de la civilización.

<sup>32</sup> Esta es una verdad que en la filosofía corriente se ignora; pero es una verdad en extremo fecunda. Una teoría valedera del progreso humano debe explicarla.